

Los bigotes de la mujer de un amigo

Hay pocas cosas que me avergüencen tanto como esto que les voy a contar. Es uno de los hechos que quisiera borrar para siempre de mi pasado, pero hay algo perverso en mí que necesita sacarlo a la luz. Siempre dije que la mujer de un amigo tenía bigotes, una especie de ser asexual que nunca debía ser deseado, ya que un castigo divino nos podría convertir en eunucos por el solo hecho de imaginar lo prohibido. Ese principio inquebrantable, ese código de machos que jamás había pensado en romper, lo había tirado a la basura el mismo día que Alejandra vino a presenciar el ensayo en el cuartito que tenía el Chino en la terraza de sus viejos.

Alejandra era una de esas minas adelantadas para la época. Por esos tiempos, los que debían tomar la iniciativa en cuestiones del amor siempre éramos los tipos, pero ella tenía esa actitud que les faltaba a la mayoría de las pibas del barrio, fueran del colegio de las monjas o de los colegios del estado. La virginidad, aunque no lo crean, era un valor supremo, como un santo grial. Era algo tan valorado que si alguna de las chicas cruzaba la línea de la pasión con su noviecito de turno, pasaba al grupo de las estigmatizadas, las putas, las reventadas, como si perder la virginidad fuese comparable a tener un accidente de tránsito donde la pobre mina hubiese perdido una pierna o un brazo.

Por el 75 había nacido en mí una incipiente vocación por la música, precisamente por el rock. Esa fue la chispa que me motivó a formar un grupo con varios amigos con los que compartía el ciclo básico de la universidad.

El Chino tenía menos ritmo que un electroencefalógrafo conectado a un enfermo de Parkinson, pero no nos importaba porque él había roto el chanchito para comprarse la batería y era el único de la banda al que no le jodían los padres por el ruido que hacíamos en los ensayos. Además, al

parecer los vecinos también sufrían de alguna hipoacusia severa ya que tampoco se quejaban.

Nuestro grupo estaba formado de la siguiente manera: yo, el burro adelante para no perder la costumbre, era la primera guitarra y segunda voz, el Rulo era segunda guitarra y primera voz como corresponde en una sociedad donde nos dividíamos equitativamente el estrellato; el hijo del paragüero tocaba el bajo, era el único que podía leer un pentagrama, había estudiado teoría y solfeo y ostentaba con eso. Para el resto del grupo, sus partituras eran una conjunto de jeroglíficos encerrados entre cinco líneas, por eso con el Rulo habíamos decretado que era algo innecesario, ya que para lo que habíamos decidido tocar solo con nuestras ganas nos alcanzaba y sobraba. Dejo para lo último al dueño de casa y de la sala de ensayo, el Chino Pereira quien con entusiasmo pero con poca destreza hacía lo que podía con sus palillos sobre los parches aboyados de su vieja batería. Éramos “los Rayos del desierto”, así nos habíamos bautizado. El nombre lo puso el hijo del paragüero, una tarde que veníamos de tomar unas birras y una ventolina que cruzó la montaña de arena de una obra en construcción frente a la casa del Chino nos dejó ciegos.

Al principio solo tocábamos canciones de los Beatles, el Chino se creía que era el heredero de Ringo Star, y para darle el gusto, dejábamos que él eligiera los temas que debíamos ensayar. Pero al poco tiempo fuimos evolucionando y empezamos con temas de Rock Nacional y nos dimos cuenta de que, lo que mejor nos salía eran las canciones pesadas de Vox Dei.

Hasta ese entonces pasábamos por la iglesia del barrio por la vereda de enfrente, sabíamos que por nuestra facha de hippies de pelo largo no éramos bien recibidos. Un día nos enteramos, por el viejo del Chino, que el cura se había ido al otro mundo, al cielo o tal vez al infierno, pero lo cierto era que ya no estaba y eso era una buena noticia para todos. El viejo del Chino, un creyente chupacirios, nos sugirió que nos acercáramos al nuevo

cura que venía con ideas más modernas y quería armar una comunidad de jóvenes. Un poco a regañadientes y otro tanto con desconfianza le hicimos caso, dado que era él, en definitiva, quien nos prestaba la sala de ensayos y alentaba nuestra embrionaria vocación artística.

Una tarde nos presentamos ante el Padre Ernesto, el nuevo curita del barrio. Le contamos que teníamos una banda y que nos gustaba hacer covers de Vox Dei y el padre, al toque, nos sugirió si podíamos aprender algunas canciones de iglesia para hacer más amena la misa de once y así poder acercar más feligreses. Era obvio que le habíamos caído como anillo al dedo, y para nosotros también era una forma, aunque poco ortodoxa, de hacernos conocidos.

El primer domingo, solo nos escucharon un par de viejas que rezaban el rosario antes de que el cura comenzara con la ceremonia, pero al segundo domingo, al parecer se había corrido la bola, y se llenó de jóvenes, en particular, se había llenado de minas. Yo no dejaba de mirar y mirar. Quería ver si alguna me gustaba, o al menos que nos prestara atención y que se estuviese copando con nuestras aburridas canciones. Cerca del confesionario había un grupito que se mataba de risa y juro que me molesté, no porque no tuvieran respeto por estar en la casa de Dios (Esto se lo robé al cura cuando se cabrió en medio de su lectura el evangelio), sino porque parecía que se burlaban de nuestra lánguida interpretación de “El mensajero de la paz”. Cuando terminó la misa, guardamos los instrumentos y nos fuimos al atrio. Queríamos ver si aún alguna de las minas seguía ahí y así poder encararlas y preguntarles que cosa les había causado tanta gracia.

El grupete que había identificado seguía ahí conversando, era más que obvio que nos estaban esperando. El Chino fue al frente a saludarlas, él siempre tuvo más parla. Casi sin que nos diéramos cuenta las estaba invitando a nuestros ensayos de los sábados.

En la semana siguiente, mientras estábamos ensayando, golpean la puerta del cuartito y la mamá del Chino hace pasar a tres pibas que parecían modelos de revistas. El Chino hace un redoble y me guiña un ojo. Las minas se acomodaron en unas sillas plegables que estaban en un rincón y seguimos con lo nuestros como si nadie nos estuviera escuchando. Ese fue el día en el que peor tocamos, el Chino estaba en otra, el Rulo no pegaba un tono y el hijo del paraguero no dejaba de hacer chistes para seducir a las pibas. Yo seguía en la mía y ni siquiera le presté atención a sus nombres cuando el Chino las presentó, pero a pesar de mi profesional actitud y respeto por el grupo hubo una de las chicas que me había parecido la mujer más linda que existía sobre el planeta. Ella nos miraba como un felino al acecho. Era una gata en celo con cada uno de sus movimientos, cuando se acomodaba el pelo, cuando se cruzaba de piernas, cuando nos sonreía porque desafinábamos o el Chino perdía el ritmo. Ese monumento a la mujer perfecta era Alejandra. Las otras dos, ni las recuerdo, eran lindas, pero no tan lindas, eran una más del montón, chicas comunes de un barrio chato como el nuestro.

Ese domingo, las chicas ya nos estaban esperando antes de que comenzara la misa y esta vez ya no se rieron como la vez anterior, esta vez cantaban con entusiasmo, como si en la semana se hubiesen aprendido las letras.

Cuando salimos los cuatro les dimos un beso a cada una y estaba claro que si queríamos armar parejas, era nuestra obligación pedirles que trajeran una amiga para que ninguno de los Rayos del desierto quedara pagando. La cuarta no tardó en aparecer, era Marita, hermana de Alejandra, otra bomba nuclear igual que ella pero versión rubia.

Así fueron pasando los fines de semana, sábados de ensayo, domingos de misa de once, hasta que Alejandra nos invita a su fiesta de cumpleaños. Apenas supe de la invitación, le pedí a mi vieja que me mandara el blazer a la tintorería. Toda esa semana estuve pensando en lo que sucedería en esa

fiesta, si me animaría a encarar a Alejandra, ya que para mí, desde el momento que la vi, era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida. Cada hora, cada minuto, cada segundo no podía quitar su hermoso rostro de mi cabeza hasta que llegó el gran día.

Era mi oportunidad, la iba a tener frente a frente, no en la iglesia, no en la salita de ensayos, iba a ser sencillo, yo estaba seguro de que iba a aceptar ser mi novia, que sin duda íbamos a sellar mi tímida propuesta con un beso. Fui solo, no quise aparecer con el resto del grupo, era una forma de tener mayor protagonismo cuando entrara a su casa. Toqué el timbre. Me abrió la puerta una mujer grande, como de cuarenta que tenía sus mismo ojos y su misma mirada felina.

—¿Vos sos Manuel? —me preguntó y sentí que me había anotado mi primer poroto. Ella ya le había contado sobre mi — Los chicos de la banda ya llegaron hace rato, están en la terraza —y me acompañó hasta el final del pasillo donde estaba la escalera.

Mientras subía como un *winner* podía tararear la melodía de “It’s only love” que llegaba desde arriba. La voz de Paul McCartney era un presagio. En cada escalón que pisaba sentía como se me aceleraban las pulsaciones y no era por estar fuera de condición física, era porque había llegado la hora decisiva, la hora de tomar, por primera vez, la iniciativa de declarar mi amor a una mujer de verdad.

La terraza estaba llena de chicas y muchachos bailando abrazados. Unas luces que parecían guirnaldas de kermese alumbraban a medias el centro de la improvisada pista. En un costado pude ver una mesa que estaba repleta de botellas de Coca-Cola y sanguchitos.

No sé por qué no distinguí a nadie de entrada, solo al hijo del paraguero que estaba en una esquina buscando entre una pila de discos alguno para cambiar en el *Wincofon*. Me acerqué y le pregunté por el resto. “Ahí están chapando” me dijo y se me llenó el culo de curiosidad. Empecé a

buscar y a tratar de distinguirlos entre el tumulto de cuerpos apretados. Primero lo vi al Rulo apretando con Marita que le llegaba a la altura del estómago y tenía que encorvarse para poder besarla. A solo un par de metros lo veo al Chino, si como te debes imaginar, lo veo al Chino prendido como una garrapata con Alejandra, matándola a besos, apretándola, como si le estuviese realizando respiración boca a boca después de rescatarla del océano. Me serví un vaso de Coca y me quedé como un bobo mirando. Tomé un trago para tratar de digerir mi impotencia pero sobre todo mi bronca. Me quedé un rato, no creo que más de media hora y me fui, le dije al hijo del paragüero que no me sentía bien y que nos veíamos al otro día en el cuartito. Al bajar le pedí a la señora que me abriera.

—¿Ya te vas? ¿Pasó algo arriba? ¡Es muy temprano! —me preguntó sorprendida.

—Es que me duele un poco la panza. Algo no me cayó bien, seguramente —le mentí. Algo que no era comida me había caído como un piano de mudanza en la cabeza.

—¡Lorena! Cuando quieras venir. ¡Esta es tu casa! —me dijo mientras me despedía.

Me quedé pensando en sus palabras un buen rato mientras caminaba las cuadras que me separaban de la casa de Alejandra. ¿Qué me había querido decir con “esta es tu casa”. Que podría ir a visitar a alguna de sus hijas o la que quería verme era la vieja, que en ese momento ya no me parecía tan vieja.

Al día siguiente mientras estábamos afinando, aparecieron las cuatro chicas como de costumbre. Yo estaba en otra. Tocaba lo que me parecía y no dejaba un minuto de mirar al techo, no quería ver ni imaginar las caritas que el Chino le estuviese haciendo a la chica con la que había soñado tantas noches. Concluyendo el ensayo, guardé mi guitarra en el estuche y bajé. Ya en la puerta nos dispersamos, cada uno para su casa. Ese sábado no hubo

joda, no hubo cervezas, no había ganas de estar con nadie, solo volver a casa y poder llorar a solas en mi cuarto sin que nadie pudiese verme. Estaba herido y quería fingir mi dolor, a nadie le importaba lo que me pasaba. Recuerdo que tomé la viola y compuse un tema, un tema que hasta hoy repito sin imaginar lo que iba a suceder un par de días después al volver en el bondi de la Facu.

Cansado de haber escuchado tres horas de clases, veo desde mi asiento del fondo que sube una chica con el pelo recogido, de lejos y en penumbras no imaginé que podría ser ella, pero si, era ella y con su enorme sonrisa me saludo después de pagar su boleto. Al toque me levanté y le dejé el asiento, ella me saludó con un beso y una chispa de esperanza se encendió en mi corazón, una chispa tan falsa como esos fuegos artificiales que deslumbran a todos y desaparecen de inmediato. Alejandra, me daba charla, parecía que quería conversar, yo le seguía la corriente pero en ninguna circunstancia quise sacar el tema del Chino y de su cumple. Ella me contaba sobre su padre que se había separado y se había ido con una chica mucho menor que su madre, me contaba de sus vacaciones en Mar de Ajó, de lo que pensaba estudiar cuando terminara quinto en la nocturna y de lo divertidas que la pasaban los sábados en el cuartito del Chino. Hablaba hasta por los codos, no paraba de contarme cosas con entusiasmo. Yo la escuchaba tan atento que no me di cuenta de que me había pasado de mi parada, entonces decidí seguir hasta la parada de ella, escucharla, a pesar de mi desesperanza, me hacía bien, me gustaba, me convencía de que le estaba robando parte de su vida al Chino.

Ella se paró de golpe. Le dije que ya me había pasado de mi parada como quince cuadras, que si no le jodía la acompañaba a su casa porque estaba muy oscuro. Ella me lo agradeció y fuimos conversando como esos amigos que hace años que no se ven pero se adoran. Un par de cuadras, antes de llegar a su casa, ella se frena y me dice:

—¡Esperá!

—¿Qué pasó? ¿Qué te olvidaste? ¿Se te cayó algo? —le digo buscando en el suelo para ver si se le había caído algo.

De pronto y como si un auto no hubiese respetado la luz roja, me empuja hacia la pared y me besa en la boca. Aunque parezca increíble de inmediato me resistí, estaba asustado, me costó darme cuenta lo que estaba pasando. Fue un beso extraño, un beso deseado pero imprevisto, un beso soñado pero con culpa, un beso que ella me estaba robando de la misma forma que yo se lo estaba robando al Chino. Llegamos a la casa sin decir palabra, me sentía como si hubiese metido los dedos en un enchufe y la patada que me dio la electricidad aún me seguía dando vueltas por el cuerpo. Me despedí de ella en el zaguán, con un pico, y fui directo hacia el cordón de la vereda, ahí paso algo, rebobiné, ahí me di cuenta de lo que había pasado y volví. Antes de que Alejandra le diera vuelta a la llave la tomé de un brazo la giré hacia mí y no paramos de besarnos por una hora. Yo pensaba que en cualquier momento iba a salir la madre o tal vez la hermana, preocupadas porque Ale no hubiese llegado como de costumbre, pero eso no pasó. A partir de esa noche no hubo noche que no buscara alguna excusa para encontrarla en la esquina donde ella bajaba. Sabía la hora exacta y yo al menos quince minutos antes la esperaba para matarnos a besos esas cuadras que nos separaban de su casa.

La rutina de los ensayos continuó, pero algo en mí me decía que no estaba bien lo que pasaba conmigo y Alejandra o conmigo y el Chino o con el chino y Alejandra. Algo no cuadraba, si ella estaba saliendo con el Chino porque seguíamos en la nuestra como si nada estuviese pasando. ¿Quién era yo para ella? ¿Quién era el Chino para Alejandra?

Un domingo después de misa, el Chino me dice si podemos conversar, que tenía algo muy importante que decirme. En ese momento pensé que alguien nos habría visto, que le habían ido con el cuento y que una inevitable

pelea estaba en puerta, pero no. Fuimos a un lugar donde nadie nos podía escuchar y me dijo:

—Tengo algo muy importante que decirte Manuel. Y vos sos la primera persona que lo sabe. Ni mis viejos lo saben.

—¿Qué cosa? ¡Decime! —le respondí con desconfianza.

—¡Me caso!

—¿Cómo?

—¡Que me caso!

—¿Te casas? ¿Estás en pedo?

—¡Si me caso! ¡Estoy completamente seguro!

—¿Con quién te casas?

—¡Cómo con quien boludo! ¡Con Alejandra! ¿Con quién va a ser? —y me quedé mudo, me quedé sin aire como si me hubiesen pegado un puñetazo en el estómago y se me aflojaron las piernas —ya hablamos con su madre y estamos poniendo fecha con el cura para la primavera.

Me desmoroné, no entendía nada, había piezas en ese rompecabezas que no calzaban ni con cincel y martillo, algo no estaba bien, era lo único que daba por seguro.

—¿Pero por qué? —necesité preguntarle.

—¡Porque va a ser! ¡Porque la amo! —me contestó convencido.

—¿Pero porqué con tanto apuro? ¿Qué paso tan de golpe? —insistí porque necesitaba una respuesta más que lógica.

—¡Es cosa nuestra Manuel! —me cortó el rostro con ganas de mandarme a pasear.

—Ok —fue mi último monosílabo de resignación.

Esa semana no la esperé en la parada del colectivo, debía alejarme, me estaba enfermando, estaba abrumado, enojado conmigo, con el mundo y con el Chino quien me había ganado de mano con la mina que me había volado

el bocho y me tenía agarrado de una correa como si fuese un pekinés. Me sentía jadeando, moviéndole la colita y parado en dos patas esperando que ella me diera una galletita. Yo era su mascota.

Convencido de que, cuando el barro te llega a las rodillas, seguir caminando solo hace que te embarres más, esa tarde concluí que debía desenredar esa madeja que cada vez tenía más nudos en mi cabeza y decidí a la vuelta de la facu, esperar a Alejandra en la parada como lo venía haciendo de manera clandestina hasta la semana anterior. Al verme sonrió, un poco se sorprendió, se soltó del pasamano y me abrazó con la ternura de una anémona cuando envuelve entre sus tentáculos a un colorido pez payaso.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no viniste estos días?

—¿Cómo qué pasó?

—¡Si! ¿Qué pasó?

—¿Me estás jodiendo? ¿Así que te vas a casar con el Chino? Me enteré el domingo —le dije sabiendo que poniendo las cosas en blanco sobre negro me metía en un callejón sin salida.

Ella me miró, me agarró de los hombros como quien quiere confesarte algo y necesita mirarte a los ojos para que le creas. Hubo unos segundos de silencio, una pareja que estaba paseando un perro pasó por al lado nuestro y aceleraron el paso. Cuando ya no había nadie, me besó en la boca como si fuera el último beso que iba a dar en su vida de soltera. Me empujó contra la pared. Su lengua luchaba con la mía como si juntas pudieran encontrar la forma de descifrar las pistas de ese acertijo. Ella bajó su mano hasta el cierre de mi pantalón. Entendí que debía seguir sus instrucciones, hacer lo que ella mandara, obedecer. Nos acomodamos en un lugar en el que nadie podía vernos, se subió el jumper y se bajó hasta mitad de la pierna su bombacha. Mientras nuestras lenguas seguían en lucha la penetré y una sensación mezcla de dolor y placer llenó de incertidumbre el vacío que tenía en mi corazón. No puedo decir que haya sido algo agradable, tampoco

desagradable, el rocío de la noche se mezcló con mi transpiración y con nuestras salivas colmando mi alma de una profunda humedad donde solo puede prosperar el blanco moho de la tristeza. Volví a foja cero en una carrera sin principio ni final en la que disputaba mi amor contra mi amigo de toda la vida. Cuando acabé, o mejor dicho acabamos, me dijo que le encantaban mis defectos y me dejó pensando esos metros que nos separaban desde ese lugar hasta su casa. Esa frase giró como un caleidoscopio en mi cabeza. La palabra “encantar” tenía una connotación especial para mi humilde y disminuida personalidad, y “defectos” me confundía. Me cuestionaba si mis defectos eran tan lindos para ella que quedaba para mis virtudes. Si antes de esa noche estuve confundido, después estuve completamente perdido al punto de perder por completo mi voluntad, el sentido del humor, el respeto por mis amigos y en cierta medida también el respeto por mis padres. Entendí que para Alejandra mi defecto o mi gran virtud era mi capacidad de meterle los cuernos al chino sin culpa ni arrepentimiento.

—¿Querés que nos sigamos viendo? —le pregunté con miedo. Tanto su respuesta negativa como su potencial respuesta afirmativa me aterraba.

—¡Claro que sí! ¿me vas a abandonar justo ahora? —me respondió.

—¿Y el Chino? ¿Y el casamiento?

—¡Esa es otra historia! ¡Vos sos otra cosa!

—¿Qué soy yo para vos Alejandra?

—Vos sos... todo lo que el Chino no es —me dijo y me quedé sin palabras, sin preguntas, sin respuestas, sin nada que me permitiera refutar su compleja forma de relacionarse con nosotros dos.

A partir de esa terrible noche, no deje de estar con ella todo mi tiempo libre, deje de cursar las materias de la facultad y mi vida se convirtió en un laberinto sin salida colmado de serpientes venenosas que me picaban, me

inyectaban sus venenos y ese mismo veneno me daba energía para seguir reptando, o mejor dicho seguir viviendo. Pergeñaba planes para arruinarlo todo, si no era solo mía, no quería que fuese de nadie, a pesar de que el Chino era mi amigo no quería que él fuese feliz junto a Alejandra, no quería una vida sin ella, la necesitaba como el aire. Tenía que buscar la forma que no se casaran y no era una tarea fácil.

Lo menos cruento hubiese sido que siguiéramos con nuestros encuentros íntimos a escondidas, ella era feliz, yo era casi feliz por momentos y el Chino también era feliz sumido en su ignorancia. Aunque no lo crean seguimos con los ensayos, con la música en la misa de once y con el inocente saludito en el atrio de la iglesia. No sé cómo me daba la cara, por dentro sentía vergüenza que trataba con mucho esfuerzo disimular. Cada vez que veía a Alejandra arrodillarse en el confesionario, se me revolvían la tripas, dejaba de tocar mi guitarra y me quedaba en blanco. Pensaba en los pecados que le estaba contando al cura, si las noches de sexo conmigo, los cuernos que le ponía al Chino o cualquier otra locura que se le pasase por la cabeza. Después iba a comulgar como si estuviera haciendo la cola en la entrada del boliche. Alejandra no se inmutaba, no sentía, estaba blindada.

Me había olvidado a esa persona que fui llena de ilusiones y sueños, me había convertido en su objeto de deseo, una especie de cosa mecánica que solo servía para su íntima satisfacción, un esclavo de sus caprichos con el que podía jugar y desechar cuando se aburriera. Lo que más me torturaba era verlos besarse cuando hacíamos un descanso en medio de los ensayos, me repugnaba ver como ella me miraba disimuladamente mientras el Chino la acariciaba como demostrándole al mundo que esa mujer era de su propiedad.

Cerca de Agosto ya habían fijado fecha para el casorio, nos dieron una tarjeta a la salida de la misa que, con letra cursiva, decía:

Nosotros, Alejandra Martínez, y Rodrigo Pereira

Movidos por el amor que nos profesamos

con nuestra alegría y la bendición de Dios

queremos que nos acompañes.

Los novios saludarán en el atrio

el 27 de Septiembre a los 20 horas

Mi sangre se transformó en odio líquido que bombeaba mi corazón a todo ritmo. Ambos nos comentaron que sería una ceremonia sencilla, civil, iglesia, y un lunch para los más íntimos, entre los que yo era número puesto junto al resto de la banda. Esa fecha la tengo grabada a fuego en mi corazón, sé que ninguna primavera podré olvidar lo sucedido.

La semana previa a la boda, no le pedí, como de costumbre, a mi vieja que mandara el blazer a la tintorería, este seguía en las mismas condiciones que aquella dolorosa noche de cumpleaños.

Ellos habían puesto la lista de regalos en un bazar de la avenida, pero yo ya había decidido no regalarles nada ni participar de ninguna vaquita para juntar plata para hacerlo en conjunto con el resto de los pibes.

La iglesia estaba repleta de flores. Ella entró del brazo de su padre como una princesa. El Chino y la vieja los esperaban frente al altar. Yo estaba escondido detrás de una columna, mi intención era que en algún momento Alejandra pudiera verme y que se diera cuenta de la chifladura que estaba a punto de cometer. Podía ver a la madre de Ale y a Marita en el banco de la primera fila. Ellas me miraron y me saludaron agitando sus manos tímidamente. La sangre me corría por el cuerpo, debía impedir que se casaran, me temblaban las piernas. Al llegar junto al cura, arrancó la ceremonia y sentí que se habían terminado todas las oportunidades para mi infeliz existencia. Todas las locas ideas para impedir ese enlace ya no tenían lugar.

—Alejandra Martínez, ¿quiere por esposo a Rodrigo Pereira? —preguntó el cura Ernesto desde el micrófono. Y un silencio sepulcral me perturbó esperando que su respuesta fuera negativa y pudiéramos salir corriendo del templo como esos amantes de las películas con final feliz.

Pero ella le dio el “Sí” con más convencimiento de lo que por respeto a mi hubiese esperado. Tosí, estornudé, carraspeé y no me quedó otra que salir de la iglesia para no pasar un papelón, los novios me miraban, los padrinos me miraban y el resto de los invitados me miraban. Los esperé en la puerta, al menos quería darle mi último beso a la mujer de mi vida, quería despedirme como quien despide a un muerto en la funeraria, despedirla sabiendo que jamás debería volver a verla. Lo que pasó, pasó y jamás debería volver a pasar.

—Te felicito —le dije al Chino cuando lo abracé, con toda la hipocresía que pude ocultar.

Me paré detrás de Alejandra, esperando que la gente dejara de saludarlas para poder al menos por última vez decirle al oído que se había equivocado.

Ella se dio vuelta y me vio. Y su sonrisa me estrujo el corazón.

—¡Viniste! —fue lo primero que me dijo y yo solo pude decirle que la felicitaba y que le deseaba que fuese muy feliz.

Todos se fueron a la fiesta y yo preferí decir que no me sentía bien, que algo me había caído mal, que me dolía del estómago. Me volví esas cuadra silbando “It’s only love” y lloré todo lo que pude. Me sentí un reverendo estúpido por no haberle visto los bigotes a Alejandra como dice el dicho. Jamás tuve que haberla deseado. Jamás tuve que haberme vuelto loco por ella.

El Rulo y el hijo del paraguero siguieron con sus parejas y no los volví a ver con la frecuencia que los veía. Cada uno se fue con su música a otra parte. El Chino y Alejandra se mudaron a la provincia y solo ese amargo

recuerdo me invita a contarles esta historia. Fueron años en que la tuve que remar hasta que conocí a otra mujer y en contra de todo supuesto, a Alejandra no la pude olvidar.

Pasaron cincuenta años de aquella primavera sin risas y sin flores. Aunque no lo creas, cada vez que viajo en colectivo volviendo de dictar mis clases en la facultad, espero verla sacar su boleto con su pelo negro recogido. Imagino que me ve y aún me reconoce a pesar de mis arrugas y mi pelo canoso, viene hacía el fondo, hacia donde estoy sentado, le doy el asiento y nos ponemos a charlar de esas cosas tontas que a nadie le importan hasta que me paso como siempre de mi parada.